

ALICIA EN WESTMINSTER

Saki



Alicia en Westminster

Ilustraciones de
Francis C. Gould

Prólogo, traducción y notas de
Juan Gabriel López Guix



ALPHA DECAY



ÍNDICE

Prólogo
9

ALICIA EN WESTMINSTER
17

Introducción
19

Alicia en la calle Downing
21

Alicia en Pall Mall
27

Alicia en Lambeth
33

Alicia y el Partido Liberal
37

Alicia en cualquier parte menos en la calle Downing
41

Alicia en apuros

45

Alicia en San Esteban

49

Alicia almuerza en Westminster

53

Alicia en la niebla

57

Alicia merienda en el Hotel Cecil

63

Alicia va a Chesterfield

69

El Anciano

73

Picas en el país de las maravillas

75

* * *

Notas

77

PRÓLOGO

1

Alicia en Westminster supuso el nacimiento de Saki. Decidido a labrarse una carrera como escritor tras un intento frustrado por la malaria de seguir en la policía de Birmania la tradición militar de la familia, Hector Hugh Munro (1870-1916) entró en contacto en Londres con el famoso dibujante político Francis Carruthers Gould, quien lo presentó a John Alfred Spender, director del respetado periódico liberal *The Westminster Gazette*. A pesar de las dudas iniciales, Spender aceptó el proyecto de publicar unos artículos de sátira política ilustrados por Gould y utilizando los personajes de *Alicia en el país de las maravillas*. La serie vio la luz entre julio de 1900 y enero de 1902. El éxito fue inmediato, y Hector Munro, que hasta ese momento había publicado con sus iniciales un primer cuento («Emperrado», 1899) y, con su nombre, una historia del Imperio ruso (*The Rise of the Russian Empire*, 1900), entró de la mano de *Alicia* en la historia literaria inglesa con el pseudónimo que ya nunca abandonaría, Saki (o, tal como lo escribió en un inicio, Sákí). Tras ese éxito, fue contratado como corres-

pensal extranjero por el diario conservador *The Morning Post*, aunque siguió vinculado a *The Westminster Gazette*, que publicó regularmente sus cuentos (recopilados en seis libros, dos de ellos póstumos: *Reginald*, *Reginald en Rusia*, *Las crónicas de Clovis*, *Animales y superanimales*, *Los juguetes de la paz* y *El huevo cuadrado*). También escribió dos novelas (*The Unbearable Bassington* y *When William Came*). Murió durante la ofensiva del Somme, en 1916.

La serie de *Alicia* le ayudó a encontrar una voz narrativa propia, que luego desarrollaría, en la que sobresalen la ironía y la precisión de los diálogos. La ingenuidad de Alicia contrasta con la mordacidad del narrador. Saki refleja a la perfección la perplejidad de Alicia, pero el lector posee las claves de ese mundo extraño en el que las «maravillas» o, más bien, el objeto del maravillarse o del preguntarse no es otra cosa que la realidad de los acontecimientos políticos contemporáneos. El resultado es una serie de viñetas que captan el espíritu de la obra original y desvían de forma muy lograda los materiales carrollianos hacia los fines de la sátira política.

Francis Carruthers Gould (1844-1935), por su parte, ya era un dibujante reconocido en 1900. Su carrera había comenzado en 1887, en *The Pall Mall Gazette*, y en 1893, cuando el periódico se convirtió en un órgano conservador, pasó a la entonces recién fundada *The Westminster Gazette*, en la que publicó hasta 1914. Fue el principal dibujante político de su época y el primero en lograr que sus caricaturas se publicaran en la portada del periódico. Se considera que sus me-

jores obras abarcan el período comprendido entre 1895 y 1905, etapa que coincide con un gobierno de coalición entre conservadores y liberales unionistas. Liberal radical, el blanco frecuente de sus críticas fueron esos políticos del gobierno de coalición y, en especial, lord Salisbury, Joseph Chamberlain y Arthur Balfour. De todos modos, siempre dibujó a sus personajes de un modo benévolo —muchas veces como animales y, en especial, pájaros—, y sus sátiras nunca fueron crueles. Fue nombrado caballero en 1906.

Tras el éxito de la serie inicial —fruto de una curiosa colaboración entre un conservador y un liberal recalcitrantes unidos por unos enemigos políticos comunes y el fervor por la *Alicia* de Lewis Carroll y John Tenniel—, los artículos fueron recopilados en 1902, primero en una edición en rústica (marzo) y luego en una en cartóné (junio). Volvieron a publicarse un cuarto de siglo más tarde en Nueva York, de nuevo en dos ediciones, con prólogo y notas de John Alfred Spender.

2

Las puyas de Saki y de Gould están dirigidas ante todo contra la incompetencia gubernamental en la dirección de la segunda guerra contra los bóers y contra algunos de los principales protagonistas de la vida política inglesa del cambio de siglo, con referencias ocasionales a otros asuntos de actualidad política y a las divisiones internas de los liberales. Los últimos años

del siglo XIX fueron un momento de intensa fricción entre los intereses expansionistas de las potencias occidentales, cuyos conflictos se extendieron por África, Asia, América y Oceanía, hasta alcanzar en el verano de 1914 el corazón de la propia Europa. La segunda guerra contra los bóers estalló tras el descubrimiento de las minas de oro del Transvaal, la mayor reserva aurífera del mundo. La parte meridional de África estaba dividida en ese momento en dos colonias británicas, El Cabo y Natal, y las dos repúblicas independientes de los bóers (neerlandeses), el Estado Libre de Orange y Transvaal. La llegada masiva de británicos, empujados por la fiebre del oro, suscitó el recelo de los neerlandeses, que les negaron los derechos políticos y les impusieron grandes cargas económicas. El deseo británico de controlar el oro y anexionarse las dos repúblicas independientes condujo al estallido de la guerra en octubre de 1899. Emprendida con el apoyo entusiasta de la opinión pública, convencida de que habría concluido por Navidad —como en realidad ocurriría más tarde en agosto de 1914—, la contienda se prolongó hasta mayo de 1902. A la ofensiva inicial de los bóers, que sitió diversas ciudades como Ladysmith, Kimberly y Makefing y logró importantes victorias en Stomberg, Magersfontein y Colenso (1899), siguió una contraofensiva británica que dio lugar a un apresurado anuncio del final del conflicto (1900). Sin embargo, éste se prolongó casi dos años más en forma de guerra de guerrillas. En su etapa final, las tropas británicas —450.000 hombres, con contingentes de Canadá, Australia, Nueva Zelan-

da y la India— llevaron a cabo bajo la dirección de Kitchener una política de tierra quemada que incluyó la creación de campos de concentración para la población civil (la misma táctica empleada apenas unos años antes por el general Valeriano Weyler en Cuba, la «reconcentración»). La guerra se saldó con 22.000 muertos por parte del ejército británico, 13.000 de los cuales como consecuencia de las enfermedades, y con otros 7.000 por parte de las fuerzas bóers; además, también murieron, como consecuencia de las pésimas condiciones de vida en los campos de concentración, 27.000 civiles bóers (dos tercios, niños) y, a pesar de ser una «guerra del hombre blanco», al menos 20.000 sudafricanos negros.

En el conflicto participaron algunos personajes que más tarde se harían famosos. Los militares Robert Baden-Powell, fundador de los boy scouts, y Horatio Kitchener y John French, quienes tendrían un papel destacado al mando de las tropas británicas en la Primera Guerra Mundial; el periodista Winston Churchill, capturado por los bóers y protagonista de una celebrada —y publicitada— huida; Rudyard Kipling, que colaboró recaudando fondos y en tareas de propaganda; Arthur Conan Doyle, que sirvió como médico y escribió una justificación de la actuación británica; y Mahatma Gandhi, organizador y sargento de un cuerpo de camilleros, el Cuerpo Indio de Ambulancias, que fue una de las pocas unidades médicas que atendió a sudafricanos negros.

La guerra fue declarada en 1899 por el gobierno surgido de las elecciones de 1895, dirigido por el con-

servador Robert Cecil, marqués de Salisbury, en alianza con los unionistas liberales de lord Hartington y Joseph Chamberlain (escindidos en 1886 del Partido Liberal de Gladstone, favorable al autogobierno irlandés); y provocó una nueva división del Partido Liberal, donde la reciente elección de Henry Campbell-Bannerman había puesto algo de paz en las disputas internas producidas por la derrota electoral de 1895. En torno a Archibald Primrose, conde de Rosebery, Herbert Asquith, Edward Grey y Richard Haldane, se creó un grupo que recibió el nombre de «imperialistas liberales», partidarios de la guerra, y, enfrentados a ellos, David Lloyd George, William Harcourt y John Morley formaron el bando de los «pequeños ingleses» o «probóers». Las elecciones generales de 1900 volvieron a dar el poder a lord Salisbury y a sus aliados unionistas liberales, que se beneficiaron de la euforia desencadenada por las victorias británicas en la segunda fase de la guerra y por el victorioso anuncio de la «misión cumplida» en Sudáfrica. Lord Salisbury siguió como primer ministro en un gabinete sin apenas cambios, con Joseph Chamberlain como ministro para las Colonias y Arthur Balfour como ministro para Irlanda y luego primer ministro. En esas elecciones obtuvo también un escaño conservador, y con ello inició su carrera política, Winston Churchill.

Unos meses después de las «elecciones caqui», en enero de 1901, murió la reina Victoria tras un reinado de sesenta y tres años, el más largo de la monarquía británica, y accedió al trono su hijo Eduardo VII.

La presente traducción sigue la edición de 1902, que, a diferencia de la edición póstuma de 1927, no está ordenada cronológicamente, sino que presenta la secuencia original, obra del propio Saki. La idea de trasladar estos textos nació en 1997, cuando los utilicé en mi asignatura de Traducción Literaria impartida en la Universidad Autónoma de Barcelona para poner de manifiesto las dificultades de la traducción e intentar transmitir la pasión por ella a un grupo de alumnos que resultó ser extraordinario. Con algunos de ellos dirigí en julio de 1998 un taller de traducción en la Casa del Traductor de Tarazona (Zaragoza), donde realizamos una versión final de uno de los textos («Alicia en Pall Mall»), que se publicó en octubre de ese año en una *plaquette* distribuida a los asistentes de las VI Jornadas en torno a la Traducción Literaria celebradas en esa localidad. Quienes viajaron a Tarazona fueron Libertad Aguilera, Gabriel Dols, Robert Falcó, Laura Manero, David Serrano y Roser Vilagrassa. También con ellos, a los que se incorporó Verónica Canales, presenté unos años más tarde a la editorial Alpha Decay el proyecto de traducir todos los cuentos de Saki, un libro que vio la luz en 2005. Quisiera agradecerles aquí el haber servido de impulso inicial para realizar esta traducción, ahora que, lejanas ya aquellas «doradas tardes» de 1998, se cierra con esta publicación el círculo de lo que se inició como recurso pedagógico y que me ha proporcionado una de mis mayores satisfacciones como profesor

de traducción. No sólo Saki, sino la traducción misma, es hoy una parte esencial de la vida intelectual y profesional de todos ellos. Por eso, les he mostrado mi versión al acabarla para que también pudieran participar, con sus sugerencias, en la conclusión de un proyecto que nació compartido.

JUAN GABRIEL LÓPEZ GUIX

ALICIA EN WESTMINSTER

INTRODUCCIÓN

Alicia, con ojos soñadores,
observa cuanto pasa al reverso
en el país de las maravillas
o hacia atrás a través del espejo.

Las figuras vuelan por tu sueño,
desaparecen, surgen, se embrollan,
unas con beatitud rotunda,
otras con su duda filosófica.

Unas ocultas, otras airadas
y otras de su llave en posesión
viviendo (en una especie de paz)
en un campo de concentración.

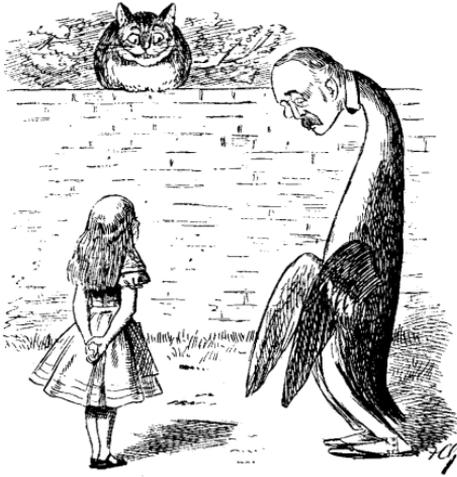
Cada lado mueve por su cuenta,
jaques y amagos que a nadie burlan,
caballos, alfiles y peones,
en el juego de las imposturas.

Las cosas que caen al contrario
son borrosamente comprendidas
a través del espejo al reverso
en el país de las maravillas.

ALICIA EN LA CALLE DOWNING

—¿Has visto alguna vez una Ineptitud? —preguntó el Gato de Cheshire con la brusquedad que lo caracterizaba.

—Una de verdad, nunca —dijo Alicia—. ¿Tenéis alguna por aquí?



—¿PODRÍA DECIRME QUÉ HACE AQUÍ? —PREGUNTÓ ALICIA DE FORMA EDUCADA.

—Algunas —respondió el Gato lacónicamente—. Ahí está, por ejemplo, el ejemplar más perfecto que tene-

mos —añadió contrayendo las pupilas para fijar la mirada a la distancia adecuada.

Alicia siguió la dirección de su mirada y entonces reparó en una figura sentada en una postura bastante incómoda sobre nada en concreto. No tuvo tiempo de preguntarse cómo lo lograba, porque se entretuvo examinando el aspecto de la criatura, una mezcla de signo de interrogación y algo semejante a un alca, y que parecía haber intentado mejorar su descuidado plumaje dándole una capa de cal.

—¡Menudo desastre está hecha! —observó Alicia tras contemplarla durante unos instantes en silencio—. ¿Qué es? ¿Y por qué está ahí?

—No significa nada —contestó el gato—, sólo es.

—¿Habla? —preguntó Alicia con expectación.

—No sabe hacer otra cosa —soltó el gato con una risita.

—¿Podría decirme qué hace aquí? —preguntó Alicia de forma educada.

La Ineptitud sacudió la cabeza con un ademán de disculpa y dijo arrastrando las palabras:

—No tengo ni idea.

—Nunca tiene ninguna —interrumpió groseramente el Gato de Cheshire—, aunque en sus momentos de ocio —y Alicia pensó que seguramente disponía de muchos—, cuando no está jugando con una pelota de gutapercha, desentraña los fundamentos de aquello en lo que la gente cree... o de aquello en lo que no cree, ya no me acuerdo.

—La verdad es que no importa —dijo la Ineptitud con lánguido interés.

—Claro que no importa —prosiguió el Gato alegremente—, porque el desentrañamiento se vuelve tan enredado que nadie podría seguirlo. Su teoría —añadió el gato, al ver que Alicia esperaba que continuara hablando— es que no hay que interferir con lo Inevitable. Ya sabes, vive y deja vivir.

—Pero ¿para qué la tenéis aquí? —preguntó Alicia.

—Bueno, el caso es que no puedes evitarlo; es del todo inofensiva y afable, dice las peores ofensas con los mejores modales y el Rey no puede pasar sin ella. Verás, el Rey sólo está hecho de cartón, con bordes afilados; la Reina, en cambio —aquí la voz del Gato se redujo a un susurro—, la Reina está hecha de otra pasta, de pasta artificial, sin brillo pero completamente indestructible; siempre está presionando, pero no es posible presionar a una Ineptitud. Sería como empujar un glaciar.



76
with apologies to
Sir John Tenniel

LA REINA.

—Ah, por eso tenéis tantas por aquí —dijo Alicia.

—Exacto, aunque su carácter ya no es lo que era. Han sucedido muchas cosas que la tienen preocupada.

—¿Qué cosas?

—Bueno, pues ha muerto muchísima gente, y de una manera de lo más llamativa, y a la Ineptitud no le gusta el escándalo... pero, silencio, que viene el Rey.

Su majestad parecía afligido y malhumorado, pensó Alicia, como si lo hubieran despertado de la siesta.

—¿Quién es ésta? ¿Y qué hace este gato aquí? —preguntó mirando melancólicamente a Alicia y a su compañero.

—Le rogaría que me avisara con antelación de tales preguntas —dijo la Ineptitud bostezando.

—Hay un dragón suelto por alguna parte del jardín —prosiguió el Rey irritado—, y se supone que tengo que ayudar a capturarlo. ¿Acaso tengo aspecto de saber capturar dragones?



EL REY ESTABA PROFUNDAMENTE DORMIDO.

Alicia pensó que desde luego no lo tenía.

—¿Y qué es lo que se propone hacer? —preguntó arrastrando las palabras la Ineptitud.

—De eso se trata —dijo el Rey—. Lo que digo es que lo que haya que hacer tiene que hacerse de forma prudente y pausada; el Tesorero dice que lo que haya que hacer tiene que hacerse de forma barata... Me temo que el Tesorero es el que está hecho con la pasta menos dura de todos —añadió con preocupación.

—Sólo está hecho de cartulina —explicó el Gato a Alicia en un aparte.

—¿Y qué dice la Reina al respecto? —preguntó la Ineptitud.

—La Reina dice que si no se hace algo enseguida habrá una disolución.

Ambos adoptaron una expresión seria, y durante unos instantes nadie dijo nada. El Rey fue el primero en romper el silencio.

—¿Qué haces con esa capa de cal? —preguntó—. La Reina ha dicho que lo quería todo pintado de caqui.

—Ya lo sé —dijo lastimosamente la criatura—, pero se me ha acabado el caqui; lo Imprevisto, como siempre; además, era necesario blanquearlo todo con urgencia.

El Gato se había ido desvaneciendo poco a poco a lo largo de los últimos minutos hasta que no quedó de él más que un ojo. Tras el último comentario, hizo un guiño a Alicia y completó su eclipse.

Cuando Alicia se dio la vuelta, descubrió que tanto el Rey como la Ineptitud estaban profundamente dormidos.

«Será mejor que me vaya», pensó. Y, como no quería encontrarse con la Reina ni con el dragón, se dio la vuelta para dirigirse a la calle.

«Además», se dijo, «ahora ya sé cómo es una Inep-titud.»